

EL BARCO
DE VAPOR

Trece casas

Antonio Gazís

Ilustraciones de Víctor Ynami





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

LITERATURASM•COM

Título original: *Trece casas*

© del texto: Antonio Gazís, 2022

© de las ilustraciones: Víctor Ynamí, 2022

© de esta edición: Libut S. A. C.

Calle Ricardo Angulo Ramírez 729 oficina 110

Urb. Corpac, San Isidro, Lima, Perú

Teléfono: (51 1) 016371482

contacto@libut.pe

www.libut.pe

Primera edición: noviembre de 2022

Edición, diseño y corrección: Rojo & Negro Servicios Editoriales E. I. R. L.

Impreso en noviembre de 2022

Impreso por Xxxxxx

xxxxxx xxxxxx xxxxxx

Lima, Perú

Publicado en noviembre de 2022

Tiraje: xxxx ejemplares

ISBN: xxxxxx

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: xxxxxxxx

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

La marca El Barco de Vapor® es propiedad de Fundación Santa María.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

A mis abuelos.

Y al mar.

Uno llegó desde el Egeo. El otro amó el Cantolao.



UN MURITO AL LADO DE LA ENTRADA

ALGUNOS, DURANTE TODA SU VIDA, han vivido en una sola casa. Una casa a la que quieren como nadie. Otros, han vivido en dos. O en tres. Dos o tres casas que, estoy seguro, podrían describirlas con mucha exactitud. Dos o tres casas que podrían recorrer con solo pensarlas, sin olvidar un mínimo detalle.

Los envidio.

Por otro lado, están los que se han movido un poco más, como yo, pasando por casas de diversos tipos... Casas enormes, en las que la pasábamos muy bien, pero donde, al mismo tiempo, nos perdíamos, cada uno por su lado. ¡Qué difícil era encontrarnos! Casas pequeñas, en las que, si bien nos mirábamos de cerca, terminábamos casi robándonos el aire. Cuánto costaba respirar a veces... Casas ruidosas, tanto así que «parecían un club», como decía el abuelo, siempre la puerta tocándonos, el timbre o el teléfono llamándonos; o silenciosas, en las que nadie venía a vernos. Casas con

piscina, con un inmenso parque al frente del que colgaban columpios que te sacaban un poco del planeta. Casas con terraza o con vista al mar. O casas sin vista, sin terraza, sin parque ni piscina.

Pasé por la mayoría. Casas en una quinta... Siempre me confundieron las quintas. Nunca supe muy bien dónde pararme ni hacia dónde mirar. Además, los vecinos creían que había que compartirlo todo. Eso sí, me gustaba verlas desde afuera, torcer el cuello al pasar y esperar por un gran descubrimiento. Nunca supe bien cuál, aunque era uno que me acompañaría el resto del camino.

Casas con sótanos que esconden un secreto, casas con escaleras de caracol. Casas con un murito al lado de la entrada. Un murito como un panal, que nos atraía para tejer historias o sencillamente para ver la tarde pasar. Un murito como una mesa de noche, en la que nos sentábamos esperando ser alumbrados por una lámpara. Un murito desde donde mirar la luna.

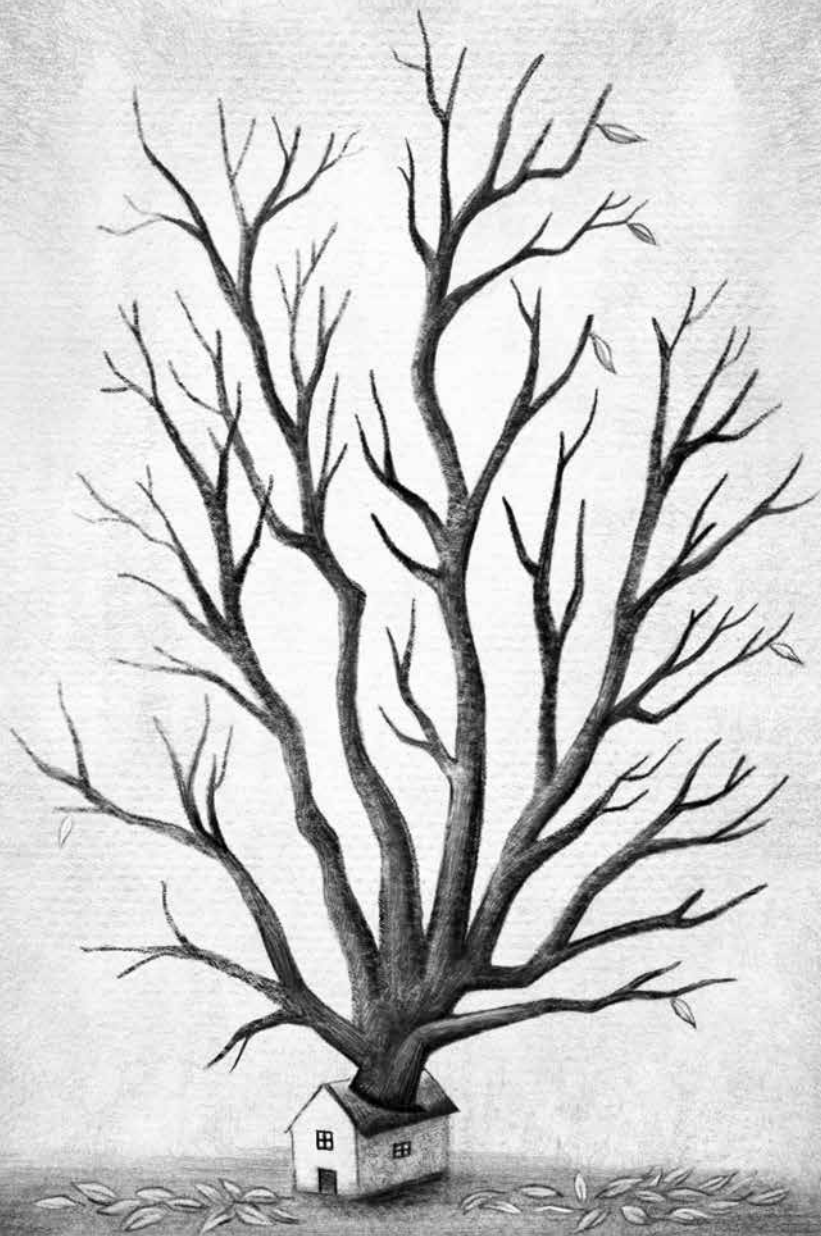
Casas que quedaron asfixiadas entre dos edificios, sin saber a dónde ir. Sin saber si pelear o desistir. Casas fragmentadas, mutiladas, de puertas bloqueadas o de paredes levantadas a la mitad de un pasillo. Personas arriba, personas debajo, personas al lado de las que sabes poco o nada.

Casas en las que la calle es la extensión de la sala. Casas en las que, con solo llegar, eras feliz.

También pasé por las de nuestra imaginación, donde es posible vivir, incluso más de una vez. Y otras que parecían producto de la imaginación, pero que fueron bastante reales. Al punto que fueron un refugio. Un lugar desde el cual tentar mi salvación.

Una casa a la que pueda querer como nadie. Dos o tres que pueda recorrer con solo pensarlas, sin olvidar un mínimo detalle. Dos o tres casas que pueda llegar a querer. Eso es lo que hoy busco.

Son días en los que se me ha dado por recordar y me propuse visitarlas todas. Bueno, casi todas. No en todas pasé largas temporadas, en algunas ni si quiera viví, debo aclarar, pero cada una de ellas me dejó algo que contar. Por eso, ahora te haré un recorrido por mis trece casas.



● 1

UN LUGAR EN EL MUNDO

EN ALGUNAS DE LAS CASAS que habité, terminé viviendo. En otras, tan solo pasé como un objeto más, intercambiable, puesto en la basura o en el fondo de un cajón.

En las casas, vivimos o pasamos, pero no las tenemos. De tanto saltar de aquí para allá, me di cuenta de que, así nos lo prometían, nunca llegamos a poseer una. Al final de cuentas, como diría mi abuela: «Papilito manda».

Si no, pregúntenle a mamá.

Además, así sea nuestra, queramos o no, pronto alguien más la ocupará.

Será de otro.

O dejará de existir.

Como la casa donde vivió durante su infancia mi abuelo materno, el Tata. Me habló de ella una tarde, mientras veíamos un juego de béisbol. Los New York Yankees se enfrentaban con los Boston Red Sox. Un

partidazo. Le gustaba mucho ese deporte y el fútbol, los huevos a la inglesa, el mar de Cantolao y también fumar.

Apagaba un cigarrillo y prendía otro.

«¿Uno más, José?», le solía llamar la atención la abuela.

Yo me sentaba al lado de la ventana para esquivar el olor. La abuela caía un poco pesada a veces, aunque era verdad que el abuelo no paraba de fumar.

Esa tarde, la manera en la que habló de su casa me llamó la atención. Era como si estuviera caminando por sus pasillos o como si la tuviese enfrente.

Desde entonces, me comenzaron a interesar las casas.

—Tata, ¿y dónde está?

—Ya no existe —me respondió.

Miró el cenicero y le dio a este un par de toques con el cigarrillo. Un bloque de ceniza se desprendió y segundos después se desintegró. Su cenicero parecía las ruinas de una ciudad en miniatura, con edificaciones, centros ceremoniales y caminos.

—¿Cómo que ya no existe?

Mi cabeza no entendía cómo un lugar podía dejar de existir.

—Ya no está la casa.

—No entiendo...

—Ya vas a ver. Cuando acabe el partido, vamos.

Dos horas después —los partidos de béisbol suelen ser largos—, llegamos a la calle donde había estado su casa.

—Me bajaba en la estación del tranvía y caminaba por acá —dijo, en tanto dibujaba un camino imaginario—. Apenas había cinco casas. Lo demás era pura pampa y uno que otro corralón.

—¿Y el tranvía?

—Tampoco existe. Solo quedan sus rieles.

—¿Hasta qué edad viviste aquí?

—Hasta los once.

Excepto los rieles, lo único que quedaba era un gran terreno. Lo rodeaban tablas verticales y astilladas, trazadas con grafitis. Algunas las podías mover si empujabas un poquito y varias tenían agujeros.

—¿Seguro que era aquí?

—Claro —me respondió riendo—. ¿Cómo no voy a estar seguro?

—No sé... Aquí no hay nada. Solo este pampón.

—Por eso te decía que ya no existe.

En una de las tablas había un agujero, justo a la altura de sus ojos. Era ovalado y lo rodeaba el color negro, como si la madera hubiera sido quemada.

Por él, quizás. Quién sabe.

—Mira por aquí —me pidió, cargándome con esfuerzo—. Nuestra casa quedaba al medio.

Segundos después, me dejó caer diciendo sonriente: «Ya pesas».

Fue la última vez que me cargó. Siempre hay una última vez que nos cargaron. Busqué una ranura que estuviera a la altura de mis ojos.

—Sí, sí... sé que no hay nada del otro lado; aun así, cuando miro por este agujero... no sé, aún la puedo ver.

—¿Qué fue lo que pasó? —le pregunté.

—La demolieron para hacer un hospital. El Estado le dio dinero a mis papás y a las cuatro familias que vivían a los costados.

—¿Y por qué aceptaron?

—Uno no podía negarse. Además, era buen dinero.

—¡Ah!... ¿Estás seguro de que era acá?

—¡Que si serás terco, carijo!

—Es que, Tata... tampoco hay un hospital.

Mi abuelo volvió a reírse.

—Es verdad, es verdad... Es que nunca lo hicieron. Por las puras la destruyeron. Vámonos ya, se hace tarde. De la nostalgia, poco.

La casa, nuestro lugar en el mundo. Y, muchas veces, nuestro mundo. Un mundo que puede llegar a ser lo único que conocemos.

He tenido tantos...

Es bonito tener uno... Un lugar adonde siempre volver cuando estamos tristes y queremos un abrazo.

O cuando nos sentimos felices, y también queremos un abrazo. La casa no es solo ese espacio rodeado de muebles donde nos sentamos o paredes en las que colgamos cuadros. Más que ese espacio cubierto por un techo, la casa es donde están los abrazos.

Sé que estoy generalizando, tomando distancia, y es que no es fácil hablar de casa. He tenido tantas que, a veces, siento que no he tenido ninguna.

Tantas que siento que no pertenezco a ningún sitio.

Que crecieron tallos y flores, mas no una raíz.

A pesar de que las he tenido, no puedo evitar, de vez en cuando, sentir que me falta ese lugar en el mundo.

La casa donde viví antes de que nos mudáramos con los abuelos maternos fue la primera, y solo la tengo en mente porque fue la casa previa a una de las mejores casas que tuve. Diría que casi no tengo recuerdos, era muy niño. Salvo un pequeño árbol que había al centro del jardín, al que me gustaba mirar y que un día se lo llevaron.

Recuerdo haberlo pedido de vuelta.



TE CUENTO QUE...

Antonio Gazís estudió Psicología Clínica en la Pontificia Universidad Católica del Perú y Literatura Hispanoamericana en Loyola University Chicago. Se ha mudado algunas veces, pero, por suerte, hay un lugar llamado casa para él. Le gusta escuchar historias; por eso, anda siempre con «la oreja parada». Su abuelo le contaba muchas siendo niño, así que hoy lee y escribe para sentirlo cerca y para recordar y entender su infancia. Esto lo llevó a publicar libros como *La plaza de los burros*, *Teo y yo*, *Los guapos* y *La brujita de la pampa*. Ha sido finalista del concurso El Cuento de las 1000 Palabras (2012), finalista del Premio Internacional de Novela Altazor (2018) y ganador de la XI edición del Premio de Literatura Infantil El Barco de Vapor Perú (2019) por su novela *Los elefantes de Borasino*. Actualmente, es docente en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas y se divierte conversando con amigos, pateando una pelota, armando rompecabezas y jugando. De esta manera, encuentra la inspiración para escribir nuevas historias.



TE CUENTO QUE...

Víctor Ynami estudió Diseño Gráfico en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Se desempeña como diseñador, ilustrador y predocente de cursos de pregrado de la Facultad de Arte y Diseño de la PUCP.

Poseedor de varios estilos, su trabajo suele recurrir al humor y a la metáfora, pues de esa manera le resulta más sencillo comunicar lo que piensa. Si a esto le sumamos el gusto por contar historias, no es difícil imaginar cómo es que llegó a ilustrar libros como *Reconciliarse con el espejo*, de la psicóloga Rachel Watson; *Vicente quiere una mascota*, de Helmut Jerí Pabón; y *Poesía Animal*, de la escritora Ana Vera. Sus ilustraciones también han aparecido en revistas nacionales e internacionales. Además, ha participado en eventos como el Encuentro Internacional de Ilustración de la FIL Lima (2019); la Bienal de Ilustración de Bratislava, en Eslovaquia (2019), el Salón de Ilustración de Bello «Letras Ilustradas», en Colombia (ediciones 2019 y 2021), entre otros.

Si te ha gustado este libro, visita

LITERATURASM.COM

Allí encontrarás:

- Un montón de libros.
- Juegos, descargables y vídeos.
- Concursos, sorteos y propuestas de eventos.

¡Y mucho más!



Para padres y profesores

- Noticias de actualidad, redes sociales y suscripción al boletín.
- Propuestas de animación a la lectura.
- Fichas de recursos didácticos y actividades.

